

A. SALVUCCI

GUIA DOCTRINARIA

NACIONAL JUSTICIALISTA

A. Salvucci

**GUIA DOCTRINARIA
NACIONAL JUSTICIALISTA**

C.E.D.A.D.E.
Centro de Estudios de América y de Europa

SUMARIO

Introducción	pág. 3
PARTE I: Orígenes del Justicialismo	pág. 5
PARTE II: La Patria Grande	pág. 12
PARTE III: La Tercera Posición	pág. 18
PARTE IV: La Comunidad Organizada	pág. 23
PARTE V: La Sinarquía	pág. 26

Impreso en el Departamento Gráfico
de la Agencia Periodística CID
Avda. de Mayo 666, 2º Piso. Tel. 30-2471
Buenos Aires, República Argentina

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina - Printed in Argentina

INTRODUCCION

El histórico movimiento popular de las fuerzas trabajadoras Argentinas, cuya estructuración se produce el 17 de octubre de 1945, ha marcado a fuego el espíritu del Pueblo Argentino y ha servido de ejemplo para otros Pueblos que —como el nuestro— siguen buscando el camino hacia la definitiva Independencia.

A pesar de todas las vicisitudes y contratiempos, las fuerzas despertadas aquel 17 de octubre Providencial, siguen actuando como un símbolo unificador que nos recuerda en las horas más oscuras que vale la pena seguir luchando por el noble Ideal de forjar una Patria políticamente soberana y económicamente independiente para poder así afianzar y garantizar la Justicia social.

Es nuestro propósito en esta breve exposición, contrarrestar la constante y sutil propaganda del Enemigo de los Pueblos libres y de nuestra Patria, analizando las tendencias históricas vistas desde el punto de vista que nos ha legado el General Perón en sus escritos y discursos, y no según las exigencias y "verdades" fabricadas por el Enemigo. Queremos comprender a nuestra Historia y al Mundo, viendo a ambos con los ojos del Peronismo y no con las ojeras que nos quiere imponer el Enemigo. ¡Queremos pensar con nuestro cerebro y no con el ajeno!

La Historia nos revela que existe un Enemigo común a todos los Pueblos. Este Enemigo ha logrado perfeccionar los métodos del dominio mundial y ha relegado a un segundo plano el dominio abierto y policíaco, prefiriendo en su lugar el dominio por la vía económica, cultural e ideológica. Por ello, utiliza la fuerza de las armas sólo cuando le es absolutamente necesario para mantener el equilibrio de fuerzas que le conviene en esta etapa transitoria orientada hacia la formación de un Gobierno Mundial.

Para lograr este fin, el Enemigo ha debido forzosamente corroer y debilitar la tendencia natural milenaria de los Pueblos Occidentales hacia la formación de una Comunidad Organizada basada sobre la idea de lo nacional. De ahí que el Enemigo ha debido **subvertir** estos valores, imponiendo a Occidente ideas y valores **ajenos** a su cultura, a su idiosincracia y a la ética cristiana.

Este proceso de desintegración se inicia en Inglaterra, en el siglo XVII, en donde —hasta nuestros días— ha tenido una de sus más importantes bases de propagación a nivel mundial. Desde allí, el Enemigo pudo asegurar que Europa —esa magna unidad histórica, cultural, racial y religiosa, que abarca desde las costas Atlánticas hasta las Montañas Urales— nunca lograrse unificarse y evolucionar hacia una verdadera Comunidad Organizada.

La subversión producida en Inglaterra bajo el liderazgo de Oliver Cromwell en 1648 preparó el camino para la subversión impuesta en 1789 a Francia, que se extendió por toda Europa, haciendo eclosión en las revueltas de 1848 y que tendría su mayor victoria en la subversión impuesta a Rusia en 1917. Luego, el año 1945 marca la definitiva derrota de Europa que es invadida en su totalidad por el Enemigo unificado en la alianza Washington-Londres-Moscú: alianza antieuropa y antipopular.

Dentro de este contexto, nosotros procuramos rescatar los movimientos auténticamente **revolucionarios** en el verdadero sentido de la palabra, o sea, el de re-

volver: volver atrás. No es un retroceder en el tiempo sino un volver a las raíces sanas y naturales del Hombre Occidental del que indudablemente somos descendientes. Este concepto **revolucionario**, en el sentido de **restaurar** el Orden Natural, se opone incompatiblemente a la **subversión** que el Enemigo nos ha impuesto a través del capitalismo internacional (que es la subversión del orden natural de producción y trabajo) y del marxismo internacional (que es la subversión de la evolución natural del Hombre hacia el socialismo, socialismo este que debe ser nacional y cristiano como nos enseña el General Perón).

Permitásenos, pues, hacer nuestro aporte para poner las cosas en claro. Nos proponemos dividir esta exposición en cinco partes que sirvan de guía para comprender al Justicialismo dentro del contexto de la evolución de todos los Pueblos del mundo hacia las formas revolucionarias. Primeramente, veremos las raíces ideológicas del Justicialismo partiendo de los movimientos nacionalrevolucionarios de la Europa de la primera mitad de este siglo. Luego, y siguiendo la exigencia del General Perón, veremos como esa base ideológica se plasmó y adecuó a la tierra Argentina, nutriéndose de la mística de la Patria Grande. Mística que, desde la fundación de aquella unidad geopolítica que fué el Virreynato del Río de la Plata, ha servido de inspiración y meta para los pro-hombres que sólo han sabido servir a UNA bandera: la Azul y Blanca. Mística que ha sido combatida por los "próceres" impuestos por el Enemigo que siempre han debido servir a **dos** banderas.

Definidas las bases ideológicas y pautas históricas del Justicialismo, describiremos el mecanismo necesario para afianzar y garantizar la feliz supervivencia y desarrollo de nuestra Doctrina. Esto se manifestará a través de la interpretación correcta del mundo contemporáneo implementando lo que el General Perón, desde un principio y con verdadera visión, definió como la Tercera Posición.

Definida la ideología en sus orígenes, aplicación y conservación, veremos cuales son las pautas que definen y dan forma a la Comunidad Organizada gobernada por el Estado como órgano de síntesis, conciencia y mando de esa Comunidad.

Finalmente, partiendo de estas pautas, interpretaremos la situación actual del mundo y los factores de poder que lo dominan con todas las fatídicas amenazas que se ciernen sobre nuestro Pueblo. Reafirmaremos así la advertencia profética del General Perón quien previó que la Argentina colonial actual no podrá sobrevivir por mucho tiempo más, pues el Enemigo sinárquico está ya en las antepasadas de lograr su milenarismo sueño de forjar un Gobierno Mundial. El año 2000 verdaderamente encontrará a nuestros Pueblos —al menos los del Cono Sur— unidos o totalmente dominados.

Tras esta breve introducción, y antes de entrar en la materia que nos interesa, quisiéramos dejar en claro que al autor sólo le interesa interpretar y exponer la línea política directriz del **Movimiento** que fundara el General Perón, por encima de cualquier opinión circunstancial del **Partido**. En este contexto, no debemos olvidar que el Partido ha sido siempre tan sólo una herramienta electoral del Movimiento y, por ello, carece de facultades decisivas y definitivas en materia doctrinaria. Lo fundamental y permanente es el Movimiento.

PARTE I: Orígenes del Justicialismo

El Orden Natural

Durante siglos, los Pueblos de Occidente fueron desarrollando su orden social basado en el concepto del mando jerárquico en todos los órdenes de la vida: en lo social, en lo militar, en lo religioso y en lo económico. Este desarrollo se identificaba inextricablemente con un determinado territorio, fuere este pequeño o grande. Cuando era pequeño, la tendencia fué la de federarse en grupos más grandes para poder así sumar fuerzas y garantizar la supervivencia ante cualquier enemigo. Este arraigo del Pueblo a su tierra dió origen a la necesidad de defender el territorio y afirmarlo más allá de sus fronteras. Con ello nació la formación de la fuerza militar, símbolo máximo de verticalidad, mando y disciplina.

Como factor ordenador y guía ética, los Pueblos Occidentales plasmaron sus antiguos y Tradicionales valores al Cristianismo, reconociendo —más allá de la autoridad eclesiástica institucional— la necesidad de construir una Comunidad basada sobre valores auténticamente vividos.

Trazados estos fundamentos políticos, militares y religiosos, la vida económica de los Pueblos fué desarrollándose subordinadamente y en obediencia a estos principios.

Una de las épocas culminantes de este desarrollo lo vivieron los pueblos Occidentales entre los siglos IX y XIII, en los que floreció el arte, la cultura, la búsqueda de la afirmación en lo espiritual y lo militar y el fortalecimiento de las mayores virtudes del Hombre: la valentía, el sacrificio, la virilidad y el sentido comunitario.

En esta época vamos surgir una mayor coordinación entre las fuerzas trabajadoras de Europa Occidental, producida en gran parte por el crecimiento de antiguas ciudades como París, Estrasburgo y Nuremberg. Este ordenamiento se basó sobre una idea fundamental del Hombre de Occidente: el Trabajo como una verdadera **bendición** y no como una maldición, forma en que otros pueblos no europeos lo han considerado desde tiempos bíblicos.

Esta pauta ética —la de considerar al Trabajo como una bendición— forjó en nuestros Pueblos una natural predisposición a la propia superación y un afianzamiento en la tierra propia del núcleo social básico y primordial que es la **familia**. Para coordinar las distintas profesiones y especializaciones dentro de la Comunidad, y para incrementar la capacidad y eficiencia dentro de cada una de ellas, se estructuraron los gremios y las corporaciones de trabajadores. Estas ordenaban las actividades de distintas empresas y talleres artesanales, dirigidos por maestros expertos en sus profesiones que tenían bajo su responsabilidad la formación e instrucción de sus aprendices y el eficiente y correcto funcionamiento de su taller en su función de servicio a la Comunidad.

El precio de los productos manufacturados era determinado NO con un exclusivo fin de lucro, sino por el criterio del justo precio necesario para que el taller y TODOS sus integrantes —maestros, aprendices y obreros— pudieran vivir dignamente y a su vez adquirir productos y servicio a otros talleres.

Por su parte, el Estado, sin intervenir en la actividad de los gremios y corpo-

raciones, ejercía su autoridad para lograr la síntesis de sus dispares intereses sectoriales, subordinándolos a los intereses generales de la Comunidad.

Por haberse producido este desarrollo en el marco de una ética auténtica y natural, se tomaba por sentado que TODO miembro de la Comunidad tenía la obligación moral de trabajar y producir, fuera esta producción manual, intelectual o espiritual. Sólo se eximía de esta obligación a los niños, los ancianos y los enfermos a quienes la Comunidad proveía por los canales naturales.

En los orígenes, el intercambio de bienes y servicios se había hecho por medio del trueque; un zapatero que necesitaba una silla para su casa, fabricaba un buen par de zapatos, se los llevaba al carpintero que seguramente los necesitaba y se los entregaba a cambio de una linda silla. Pero, a medida que la Comunidad fué desarrollándose y haciéndose más compleja, fué necesario encontrar una manera más ágil de intercambiar estos bienes y servicios.

El resultado de esto fué el desarrollo del uso del dinero que en un principio tomó la forma de una moneda de algún metal precioso como la plata o el oro, que tenía así un valor intrínseco correspondiente al metal precioso que lo componía. Pero esta forma de dinero también resultó ser insuficiente a medida que las Comunidades fueron creciendo y haciéndose más sofisticadas. Vemos entonces que el dinero tomó la forma de un papel, un billete con un valor nominal —digamos Un Peso— que era emitido, o al menos fiscalizados, por la autoridad superior, el Estado.

Ese billete tenía como único fin el de servir de medio ágil de intercambio y su único valor era el de un bono por Trabajo realizado, siendo ambos conceptos debidamente avalados y sustentados por el Estado. Surge así la capacidad de reunir este dinero y concentrarlo en determinadas empresas, para determinados fines. Mientras sirviera de mero medio de intercambio, y su valor correspondiese a un determinado Trabajo realizado, la única manera de obtenerlo era, obviamente, a través del Trabajo. Tenemos así el nacimiento de un concepto sano y natural del Capital como servidote subordinado del Trabajo, siendo que el Trabajo es la fuerza básica y fundamental de la Comunidad.

Dado que un zapatero cuyos "ahorros" consistían en, por ejemplo, cien pares de zapatos que él fabricara sólo podía incrementar ese número de pares de zapatos, trabajando para fabricar, digamos, otros cien, era totalmente absurdo el pretender que los pares de zapatos así fabricados pudiesen incrementarse o reproducirse sin trabajo o esfuerzo alguno. Era absurdo porque era imposible. La única fuente de riqueza era el Trabajo.

Consecuentemente, si el dinero era un bono por Trabajo realizado, y su único fin era el de agilizar el intercambio actuando como medio universalmente reconocido dentro de la Comunidad de intercambio, entonces era imposible obtenerlo sin que mediara la realización de un trabajo previo. El dinero, por sí solo, NO podía crecer ni reproducirse, de la misma manera como no lo podían hacer los cien pares de zapatos manufacturados por el zapatero. El Trabajo era la única fuente de riquezas.

El Capitalismo

Aquí, sin embargo, surge el primer paso dado por el Enemigo en su labor subversiva. Aquellas Cruzadas que en la Edad Media abrieron los caminos y vías de comunicación hacia el Medio Oriente, también atrajeron hacia Europa ciertos hábitos y criterios ajenos al sentir del Hombre Occidental, aunque totalmente afines a ciertos pueblos del Medio Oriente que llevaban sobre sus espaldas una milenaria tradición como mercaderes y especuladores. Para estos hombres, el Trabajo propio era una maldición, aunque el ajeno fuese para ellos una bendición.

Al hacer su abrupto ingreso en Europa, estos pueblos carentes de nación se enquistaron en Italia, España, Alemania, Inglaterra, Francia y los demás países de Europa y coordinaron su accionar por encima de las fronteras de esas naciones europeas, o sea, actuaron internacionalmente.

Este proceso fué muy gradual. Se le opuso el instinto sano que aún perduraba en nuestros antepasados de aquellos siglos y también, en gran medida, la acción del cristianismo que prohibía la usura y el préstamo de dinero a interés.

A esta raza se la expulsó en muchas oportunidades en toda Europa, pero persistieron tenazmente y gradualmente fueron minando los cimientos de nuestra sociedad hasta que lograron una gran victoria con la ruptura del Orden Tradicional en Inglaterra en el siglo XVII. Inglaterra se convirtió rápidamente en el principal propagador del absurdo más grande que pueda imaginarse: la idea de que el dinero, por sí solo, puede reproducirse sin que medie Trabajo alguno.

Surgió así una minoría parasitaria, improductiva, inmoral y antipopular que logró subvertir el Orden económico natural de nuestros Pueblos y explotarlos brutalmente. Así se concentraron capitales parasitarios en unas pocas manos que anónimamente explotan a los pueblos en los que se enquistan. Aprovechándose de los adelantos tecnológicos y la creatividad del Hombre Occidental, financiaron enormes complejos industriales a los cuales atraparón con sus intereses (e intereses sobre intereses), haciendo que los dueños visibles de las fábricas rompiesen el orden de los gremios y sólo vieran en el trabajador a un engranaje a ser explotado, fácilmente reemplazable; un objeto que no forma parte de la empresa. Y para pagarle a sus financieros y pagarle sus intereses, el empresario terminó quitándole al trabajador una gran parte de su paga que fué a parar a los bolsillos del financiero, del capitalista usurero parasitario. El patrón concentró en sí mismo el creciente odio del trabajador injustamente explotado, pero ese patrón dueño de fábrica, aunque participe en la explotación no era el verdadero culpable pues el capitalista oculto y anónimo lo utilizaba como una suerte de agente retentor de la riqueza producida por los trabajadores que empleaba. Así nació el capitalismo explotador y expoliador que, irradiado desde Inglaterra con el sustento de la pseudo-ciencia económica de Adam Smith y David Ricardo y el poder de la flota Imperial, logró dominar directa o indirectamente la mayor parte del planeta durante más de dos siglos. Se llegó a la jornada laboral de 18 horas, sin descanso ni en domingos, en las condiciones más insalubres imaginables, pulverizando no sólo a los trabajadores adultos, sino también a niños, mujeres y ancianos. Cuando alguno enfermaba o flaqueaba, simplemente se lo echaba y descartaba como basura.

El Marxismo

Pero el Enemigo, rápidamente comprendió que este estado de cosas no podría mantenerse indefinidamente. Entendió que esa explotación y expoliación haría que lentamente el odio y resentimiento en los millones de trabajadores de las ciudades y del campo, manuales e intelectuales, pronto se convertiría en abierta rebelión. No contra las fábricas en sí, sino contra todo el sistema de explotación institucionalizado en la sociedad capitalista de los siglos XVIII y XIX. Tal como lo dijo el General Perón, los pueblos irremediablemente evolucionan hacia las formas socialistas y esa revolución socialista (en el verdadero sentido de la palabra), comenzó a basarse sobre las Tradiciones Occidentales: la bendición del Trabajo, la Justicia social y una ética natural. Al Enemigo, pues, se le hizo necesario copar y subvertir también esa evolución hacia el socialismo.

Así nace el socialismo internacional y dogmático de Karl Marx (nacido Isidor Mordechai) y de Friedrich Engels (hijo de un rico capitalista inglés dueño de importantes telares en Manchester).

Este Marxismo antinacional, internacionalista, materialista y antipopular, cumple una segunda y complementaria etapa de destrucción del Orden Natural de la Comunidad Organizada. No procura retomar el cauce de un socialismo nacional, como ya se perfilaba en el Orden gremial medieval, sino que —todo lo contrario— propone el desmenbramiento total de las fuerzas económicas y nacionales dentro de la

Comunidad. Proclama la "lucha de clases" entre el Pueblo explotado y sus supuestos explotadores (sin siquiera atacar el concepto del usurario interés sobre capital que es el verdadero enemigo y piedra fundamental de la explotación capitalista), y esta lucha la lleva a cabo ignorando a la Comunidad Organizada, pues la base del Marxismo —al igual que la del capitalismo— es internacional. El grito de guerra de "proletarios del mundo, ¡uníos!", lanzado a los cuatro vientos, internacionalizó artificialmente al socialismo.

A esta subversión destructora se la llamó "revolución" y a través de un hábil manejo propagandístico se la lanzó por toda Europa durante el siglo XIX y luego por todo el mundo. Su máximo logro fué la acción agitadora llevada a cabo por Lenin (Vladimir Ulyanov Blank) en Rusia, quien, junto con Trotzky (nacido Leon Bronstein) y otros cabecillas logró que el partido Social Demócrata Ruso expulsara a la monarquía zarista y al poco tiempo, en Octubre 1917, cediera el lugar al ala extrema de ese partido Social Demócrata, que pasó entonces a denominarse partido Comunista. Estos agitadores conspiraron contra la monarquía rusa desde distintos países occidentales y fueron financiados por las bancas Warburg de Hamburgo y Kühn Loeb de Nueva York, ésta última magníficamente representada por su presidente, Jakob Schiff. Uno de los socios de Schiff, A. Jivotovsky era el suegro de Trotzky quien, junto con muchos otros correligionarios mentores del bolchevismo (como así también del sionismo), se mantenían activos en los Estados Unidos en los tiempos preparatorios para la "Revolución" Bolchevique.

Los bolcheviques tuvieron que luchar durante cinco años para dominar a toda Rusia, lo cual lograron en gran parte debido a que las "democracias" de occidente (con Inglaterra a la cabeza) no pudieron o no quisieron reconocer el grave peligro que el entronizamiento del comunismo en Rusia significaría para toda Europa y el mundo. Así es que prestan una ayuda muy relativa a las fuerzas internas rusas que se oponen al bolchevismo y finalmente, en 1923, los comunistas terminan dominando totalmente la situación.

En los diez años siguientes se impone al Pueblo ruso el terror rojo y un "plan económico" destructivo que ocasionó la muerte, por hambre en su mayor parte, de más de 10.000.000 de almas. Pero, mientras tanto, desde Moscú se propagó la subversión bolchevique logrando éxitos en Hungría con Bela Kuhn (Cohen) y casi logran subyugar a la derrotada Alemania de los años veinte (Baviera fué una república soviética durante casi seis semanas bajo el judío Kurt Eisner).

Alemania era un bocado favorito y blanco predilecto de los subversivos moscovitas ya que el sueño dorado de Lenin era el de fundar un gran imperio comunista que abarcará a Alemania (potencia industrial) y Rusia (potencia agropecuaria). En Alemania fracasaron pero en Rusia el monstruo creció en gran medida gracias al apoyo que le brindaron los medios masivos de difusión de Occidente —dependientes de las fuerzas del capitalismo— que distorsionaban la realidad y presentaban a la opinión pública de sus países una imagen rosada del "paraíso de los trabajadores".

La reacción Nacionalrevolucionaria

En medio de ríos de sangre y de la confusión reinante, los Pueblos de Europa reaccionaron. Primero fué en Italia en donde se produjo una verdadera revolución socialista netamente nacional. Algo similar ocurrió al poco tiempo en España con el General José Antonio Primo de Rivera. Pero fué en Alemania —el país más atacado y expoliado por la acción conjunta de las fuerzas capitalistas y comunistas— donde la reacción obtuvo su mayor coherencia y éxito. Surge, en los años veinte y treinta, el Nacionalsocialismo que identifica al Comunismo como el mayor enemigo y, tras tomar el poder en 1933, vuelve la vida social, política y económica de la nación por los cauces de la Comunidad Organizada. El Nacionalsocialismo quebró el poder especulativo del capitalismo que había explotado a la masa trabajadora alemana, ocasionando el desempleo masivo (más de ocho millones en 1932), la mayor inflación que re-

gistra la historia de la humanidad (medida en millones de por ciento anual), y la desintegración ética, moral y espiritual del Pueblo (a través del ya bien conocido vehículo de la droga, la corrupción y el "destape" pornográfico). El Nacionalsocialismo, simultáneamente, procuró terminar con las viejas rencillas con Francia, su tradicional enemigo; intentó forjar una alianza con Inglaterra (grave error), renunciando a recuperar sus antiguas colonias ultramarinas que le fueron arrebatadas a Alemania tras la Primera Guerra Mundial, e hizo todo el esfuerzo posible para liderar la gran lucha de los Pueblos Occidentales y cristianos contra el Comunismo soviético.

Innegablemente, el Nacionalsocialismo surgió reflejando el estilo y la idiosincracia propios del pueblo alemán. Procuró, por supuesto, que otros Pueblos siguieran su ejemplo, pero dejando en claro que cada Pueblo debe hacerlo a su propia manera y con su propio estilo. Como lo recalcará Joseph Goebbels (ministro de Propaganda de Hitler), "el Nacionalsocialismo no es un artículo de exportación".

Debe tenerse en cuenta que, la revolución Nacionalsocialista tomó características excepcionalmente rigurosas y vigorosas dado que Alemania, como nación, estuvo a punto de desaparecer bajo el yugo de la "dupla" capitalista y marxista.

Recordemos que, tras la Primera Guerra Mundial, se le impuso a Alemania un gobierno Socialdemócrata débil e inoperante que fué totalmente incapaz de oponer resistencia alguna contra el inicuo Tratado de Versalles. Mediante este Tratado, se le quitó a los alemanes más de un tercio de su territorio, se les impuso el pago de una indemnización de 6.600 millones de Libras oro (en aquel entonces una libra inglesa valía unos diez dólares y si indexamos esa deuda a dólares actuales, nos dá una cifra cercana a los US\$ 200.000.000.000). Sólo se le permitió mantener un minúsculo ejército sin aviación, submarinos, artillería pesada ni tanques y sin poder defender sus fronteras con Francia. Se le prohibió, además, la anhelada unión con Austria (que era deseada por las mayorías de ambas naciones). Cuando en 1923 Alemania se vió imposibilitada de pagar su agobiante "deuda externa", Francia invadió la zona del Ruhr (el corazón industrial del país) con lo cual la economía se derrumbó y la espiral inflacionaria trepó hasta el extremo que un kilo de pan valía miles de billones de marcos. En pocas palabras, Alemania en su totalidad pasó a ser una nación esclava.

Ante esa grave emergencia, que se desarrolló durante la década de los años veinte y principio de los años treinta, la reacción popular que mayoritariamente apoyó a Hitler fué necesariamente vigorosa.

Una vez consolidada la Revolución Nacionalsocialista, otros Pueblos comenzaron a comprender que ésta representaba un baluarte simultáneamente anti-capitalista y anti-marxista. Cuando en 1941 Alemania se lanzó contra el monstruo rojo, los Pueblos de Europa la aplaudieron y respaldaron. El ejército de vanguardia de esa titánica lucha fué la Waffen-SS (SS en Armas). Comenzó siendo una fuerza netamente alemana para convertirse, a partir de 1941, en un ejército Europeo, ya que más de la mitad de sus 1.200.000 combatientes (38 divisiones) NO eran alemanes. Contra el Enemigo rojo lucharon divisiones francesas, españolas, italianas, belgas, holandesas, noruegas, húngaras, letonas, lituanas, ucranianas, musulmanas y hasta hindúes. Lucharon bravamente: (la última división que defendió Berlín ante la avalancha rusa fué la división francesa "SS-Charlemagne").

Ante esa Europa socialista y nacional que quería destruir al engendro capitalista que era el régimen bolchevique, ambos internacionalismos se unieron. Las "democracias" de los Estados Unidos de Norteamérica e Inglaterra se aliaron con la "democrática" Unión Soviética para destruir a la Revolución Nacionalsocialista.

Todos conocemos la historia y el desenlace de la Segunda Guerra Mundial. En Yalta, los "democráticos" señores Roosevelt, Churchill y Stalin se repartieron "democráticamente" los despojos de una Europa que quedó totalmente invadida por Estados Unidos e Inglaterra en su parte occidental y por la Unión Soviética en su parte oriental. La frontera divisoria entre ambos imperialismos fué trazada por el medio de esa nación que es el corazón de Europa y que había liderado la titánica

lucha anti-capitalista y anti-marxista: Alemania. Para que el mensaje quedara grabado a fuego, los vencedores hicieron pasar esa línea divisoria por la mismísima capital del Tercer Reich: Berlín. A los hombres que habían comandado esa lucha y que aún estaban con vida se los "juzgó" en la sede espiritual de la Alemania Nacional-socialista: Nuremberg, la ciudad de los gremios y de las corporaciones, símbolo de la gran cultura germana. Los "democráticos" vencedores "juzgaron" a los vencidos y sentaron las pautas por las cuales se regiría el mundo de ahí en adelante. En la repartija de Yalta cayó todo el planeta, incluyendo, por supuesto, a la Argentina.

En su obra "La Hora de los Pueblos" (pág. 28), el General Perón lo describe así:

"El desarrollo intenso de la política internacional dentro y fuera de los países ha impuesto la necesidad de crear los instrumentos para manejarla y así han surgido las "grandes internacionales". El capitalismo y el comunismo soviético no son sino dos de ellas, aparentemente contrapuestas pero, en realidad, de verdad perfectamente unidas y coordinadas. Para comprobarlo, baste recordar 1941 cuando se alieron para aniquilar un "tercer en discordia" representado entonces por Alemania e Italia. No es menos elocuente lo que sucedió en la Conferencia de Yalta en la que ambos imperialismos se ponen de acuerdo y coordinan sus futuras actividades de dominio y explotación. Pero es que todo tiende a internacionalizarse alrededor de ello, lo que en el último análisis es el triunfo del internacionalismo comunista.

La masonería, el sionismo, las sociedades internacionales de todo tipo no son sino consecuencia de esa internacionalización del mundo actual. Son las fuerzas ocultas de la revolución como son las fuerzas ocultas del dominio imperialista."

La Post-guerra

A partir de 1945, se falsifica totalmente la historia de la Revolución Nacional-socialista, esgrimiéndose su derrota militar como razón para pretender que la ideología estaba equivocada. En realidad, el único gran error del Nacional-socialismo fue el de haber perdido esa guerra. La falsificación histórica (hecho bastante conocido en nuestra historia también), quedó exclusivamente en las manos de los victoriosos y "democráticos" yanquis, ingleses y marxistas quienes montaron un colosal aparato de propaganda para demostrar que cada bomba alemana o italiana era irremediablemente "diabólica y criminal" mientras que las bombas de fósforo fósforo arrojadas por los Aliados sobre Hamburgo o sobre Dresden y las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki eran "compasivamente democráticas". También se crearon fábulas y "leyendas negras", como las del "holocausto" de los 6.000.000 de judíos "muertos", más de 4.000.000 de los cuales fueron supuestamente gaseados en Auschwitz y Treblinka. Lo que nadie dice es que Auschwitz y Treblinka fueron "liberados" por los "democráticos" rusos que sólo permitieron que los occidentales los inspeccionaran ¡en 1956! ¡Once años después de finalizada la guerra! Ahora, si hemos de creer todo lo que nos dicen los rusos...

El Peronismo

Y justo cuando, en 1945, los demócratas atrincherados en Washington, Londres y Moscú, "salvaron" al mundo para que pudiera seguir disfrutando de la usura capitalista y de la brutalidad bolchevique, a los pocos meses, en un histórico 17 de octubre de aquel año, el "desagradecido" (y hasta último momento neutral) pueblo argentino se manda una revolución nacional y socialista que a los pocos meses, en la figura del General Juan Domingo Perón, es elegida por la amplia mayoría del Pueblo. A pesar de las difamaciones del "democrático" embajador yanqui Spruille Braden que acusó oficialmente al General Perón y sus seguidores de ser nazi-fascistas.

En la repartija de Yalta, la Argentina quedaba para la alianza anglo-norteamericana. Esta alianza tenía ahora difícil tarea de buscar la forma más elegan-

te de sacarse al Peronismo de encima. Procuró hacerlo a través de la presión económica y del boicot comercial, cosa que la documentación de los años 1945 a 1955 del Departamento de Estado norteamericano oficialmente prueba, sin lugar a discusiones.

Basándose en los ejemplos de Italia, Alemania y España, que procuraron implementar un socialismo sobre bases nacionales, el General Perón también implementa un Socialismo nacional y cristiano (ver "La Hora de los Pueblos", pág. 105). A ese Socialismo, para evitar equívocos malintencionados, se lo llamó "Justicialismo", o sea: un Socialismo Nacional basado sobre la Justicia Social. Ese Socialismo, al igual que el Fascismo italiano y el Nacional-socialismo alemán, necesariamente tenía que rechazar a ambos internacionalismos por igual: "ni yanquis ni marxistas: Peronistas".

Así lo expuso el Gral. Perón en una charla grabada en Madrid en 1971 en la que analiza la situación política argentina:

"En el fondo, nuestro movimiento es de una ideología que pivotea sobre la Justicia social, como punto de partida, sobre la independencia económica y sobre la soberanía política. Pero el nódulo fundamental es la Justicia social que es lo que estaba faltando y sigue faltando en nuestro país.

Cuando se fue a elegir el nombre, algunos le querían poner "socialismo", otros le querían poner "populismo"...

Si nuestro movimiento pivotea sobre la Justicia social, debe llamarse o "socialismo" o "justicialismo". Pero como el socialismo era un nombre gastado y desprestigiado por los socialistas tradicionalistas que habían actuado en nuestro país hasta entonces, se le decidió poner "Justicialismo".

En el fondo, ¿qué es el socialismo? Está el socialismo autónomo y autóctono que es el socialismo que cada país quiere desarrollar dentro de sus fronteras de acuerdo a sus necesidades y conveniencias. Y hay otro que es un socialismo internacional, dogmático, que se llama "comunismo", que también es un socialismo, el comunismo. Bueno, el comunismo es el socialismo internacional, dogmático que se rige por los principios del marxismo, que se aplica sistemáticamente en los países que están dominados por el actual imperialismo soviético. Porque también el soviético es un socialismo, pero un socialismo internacional, dogmático, marxista. Nosotros estamos en la necesidad de una evolución hacia las formas socialistas pero con una finalidad nacional. Un socialismo argentino para los Argentinos: Eso es el Justicialismo."

Las fuerzas del Enemigo continuaron trabajando durante toda la década Justicialista, a través de la minoría oligárquica capitalista al servicio de banderas foráneas, minando al mismo tiempo la base ideológica de las Fuerzas Armadas nacionales, especialmente en la Armada y en ciertos sectores del Ejército. Así, finalmente, lograron desembarazarse de ese líder "nazi-fascista" atrincherado en el país potencialmente más poderoso de Sudamérica.

Ese líder que osó rechazar la invitación del Fondo Monetario Internacional (FMI) de ponerle la soga al cuello a la Argentina; que osó nacionalizar el Banco Central que había sido fundado por el ex-Gobernador del Bank of England, el judío "inglés", Sir Otto Niemeyer y cuyo Gerente General era el "criollo" Raúl Prebisch; ese líder que osó desarrollar una Flota Mercante, una industria, una flota aérea. Ese líder que osó iniciar investigaciones en la energía nuclear, fundando la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA), que tantos sustos le dió hace poco tiempo a los dos socios internacionalistas. Ese líder que propuso volver a los fundamentos de la Comunidad Organizada. Ese líder que hacía que su ejemplo y mística —juntamente con el de su esposa, Eva— trascendieran más allá de las fronteras argentinas, amenazando con liderar un vasto movimiento para retornar a la Tercera Posición que Alemania e Italia trataron de instrumentar en los años treinta y cuarenta: la simultánea oposición a los internacionalismos capitalista y marxista.

Ese líder que se atrevió a no aceptar la estandarización de las ideas como

quieren los dos internacionalismos: por un lado, "democracia liberal" estandarizada para todos, sin importar si se trata de Bolivia, Estados Unidos, Alemania o las Islas Fidji. Por el otro lado, la "dictadura del proletariado", para todos, sin importar si se trata de Ucrania, Polonia, Cuba o Angola. Perón y la Argentina dijeron ¡NO! Eligieron un Socialismo nacional, adecuado a la idiosincrasia, costumbres, cultura, religión y estilo de los Argentinos. Eso es lo que fué, es y debe seguir siendo el Justicialismo.

Si, Perón y el Pueblo Peronista eran, evidentemente, la "ovejita negra" del mundo. No querían entrar en razones con los "democráticos" yanquis (aquellos de la bomba de Hiroshima), ni con los democráticos ingleses (aquellos de la Guerra del Opio contra China y los campos de concentración en Sudáfrica), ni con los "democráticos" soviéticos (aquellos que violaron media Europa).

Perón había visto de cerca el desarrollo del Fascismo en Italia y del Nacional-socialismo en Alemania durante su amplia gira por Europa a fines de los años treinta y comienzo de los cuarenta. Se entrevistó con Benito Mussolini y vio como funcionaba el sistema corporativo fascista. Vió como se fortalecía milagrosamente Alemania con su tesonero e intenso Trabajo, y estuvo como observador entre las tropas alemanas que entraron en París en junio 1940. Estas experiencias lo marcaron profundamente.

Comprendió que ése era el camino que debía seguir la Argentina aunque no hubiese que "importar" ninguno de estos sistemas pues ambos estaban hechos "a la medida" de sus respectivos pueblos. La concepción, el criterio científico, era válido, pero la doctrina —el "estilo"— tenían que ser netamente Argentinos: el Justicialismo.

Perón veía la tarea de gobernar como una síntesis de ciencia y arte. Como ciencia, el Justicialismo tiene sus raíces en los movimientos nacional-revolucionarios de Alemania, Italia y España; como arte, es netamente Argentino y hunde sus raíces en el suelo Patrio.

"El arte de gobernar, como todas las artes, tiene una teoría y utiliza una técnica, pero ambas cosas sólo conforman la parte fuerte del arte; la parte vital requiere un artista. Muchos con una gran técnica y un profundo conocimiento de la teoría han pintado y han esculpido pero nadie sino Leonardo ha sido capaz de crear una «Cena» y ninguno sino Miguel Angel ha logrado un «Pietà»" - "La Hora de los Pueblos", pág. 25.

Por eso, Perón abrió las puertas a muchos alemanes e italianos perseguidos por sus vencedores. Por eso Perón no permitió que las "democracias" mataran de hambre a la España de Francisco Franco, cuyo Pueblo agradeció esa solidaridad magníficamente cuando Eva Perón los visitó en 1948. Si, verdaderamente, ese General Juan Domingo Perón y el Pueblo Peronista fueron un verdadero peligro para los dos internacionalismos enemigos del Pueblo.

PARTE II: La Patria Grande

Muchas veces hemos oído hablar de la Patria Grande sin que por ello se nos presente una descripción adecuada de ella ni un plan coherente de cómo recuperarla. Esa Patria Grande tiene sus orígenes en las pautas históricas que surgen en nuestro continente como reflejo de la política de poder que se lleva a cabo en el Viejo Continente. Desde que en el siglo XV se firma el Tratado de Tordesillas, mediante el cual la Santa Sede delinea las zonas de conquista y ocupación española y portuguesa, en-

contramos que las fuerzas lusitanas van tomando la delantera ante los asentamientos españoles.

Esto no fué debido a ninguna inferioridad española ante Portugal sino más bien al hecho que Inglaterra utilizó a Portugal, su tradicional, fiel aliado subordinado a sus intereses, en su lucha contra España. Esa lucha se trasladó a América y siguió vigente aún después de la emancipación política de todas las colonias iberoamericanas.

Esta acción antiespañola llegó a un grado tal que la corona española consideró, hacia fines del siglo XVIII, que había llegado el momento de reestructurar y fortalecer sus dominios en América.

Un año clave

Llegamos así al año de 1776 que tiene un significado histórico trascendente para toda la América del Norte y del Sur. El 4 de julio de ese año, las trece colonias inglesas de América del Norte se declaran independientes de Inglaterra. Menos de un mes después, el 3 de Agosto, Carlos III, Rey de España, ordena por Cédula Real la creación del Virreynato del Río de la Plata con ciudad capital en Buenos Aires, separando así estas extensas tierras de su dependencia del Virreynato del Perú.

Aquellas trece colonias norteamericanas osaron rebelarse contra la primer potencia militar del planeta que era Inglaterra y se vieron obligados a luchar encarnizadamente hasta lograr la definitiva independencia. Lograda la paz unos años después, iniciaron un proceso de continuo crecimiento, expansión y desarrollo. Algunas pocas veces pacíficamente (como con la compra del territorio de Louisiana a Napoleón), pero la mayoría de las veces por la fuerza de las armas y tomándole a España lo que ésta había colonizado: California, Nueva Méjico, Arizona, Tejas, Nevada y la Florida. Así, después de un siglo y medio, se llegó a forjar por la vía de las armas una poderosa república de cincuenta estados federados que se convirtió en la nación más poderosa del planeta.

Mientras tanto, aquél Virreynato (cuya creación marca el verdadero nacimiento de la Patria Grande, contrariamente a lo que nos quieren hacer creer los falsificadores de la historia), se desmembró y debilitó, y su núcleo —la actual Argentina— pasó a ser el país débil, humillado y derrotado que tenemos hoy. Ese Virreynato comprendía a la actual Argentina, la Banda Oriental, el Paraguay, todas las provincias del Alto Perú (actuales Bolivia y Perú), todos los territorios sobre el Océano Pacífico al sur del río Bio-Bio y al norte de Antofagasta y las Misiones Orientales hasta el Océano Atlántico (ver mapa). (ver página 14).

Insistimos, fué allí donde se fundó verdaderamente la Patria. Su primer caudillo —el Virrey don Pedro de Cevallos— ni bien llegó a estas tierras puso manos a la obra. Planeó una amplia y coherente campaña a la Patagonia que llevaría a cabo una vez terminada la más urgente campaña contra el invasor portugués. Cevallos los expulsó de las Misiones Orientales y de la Banda Oriental (actualmente el Uruguay y los estados brasileños de Río Grande del Sur, Santa Catalina y Paraná) que formaban parte de su gran Virreynato.

Sin embargo, su importante obra quedó trunca debido a las componendas entre las coronas de España y Portugal. España entregó a Portugal todos los territorios reconquistados valiente y bravamente por Cevallos a cambio de la Colonia del Sacramento. Un pésimo negocio que sólo nos trajo infortunio y que llenó a Cevallos de profunda amargura. Así toma forma la fatídica tendencia de nuestros pueblos de perder en la mesa de negociaciones lo que ganaron por las armas.

La Patria Chica

La gran unidad geopolítica representada por el Virreynato del Río de la Plata sufrió otro sacudón cuando, 34 años después, al conocerse la invasión de Napoleón a España y el cautiverio del rey Fernando VII, unos 400 ilustres ciudadanos de la aldea



de Buenos Aires instigados en gran medida por los agentes de Inglaterra se declararon "heróicamente" libres de España. Aunque los falsificadores de la historia pretenden exagerar la importancia de las "gloriosas" Jornadas de Mayo de 1810, la verdad es que configuraron un movimiento puramente porteño que tuvo poca trascendencia en la enorme extensión del Virreynato y su "gloria" es dudosa ya que nos "independizamos" de un rey cautivo y un país ocupado.

Muy distinto fué lo que hicieron los norteamericanos, que se independizaron de la nación más poderosa de su época. El precio de nuestra "independencia" en 1810 fué la previa subordinación económica a Inglaterra. Tras sus frustradas tentativas de invasión militar en 1806 y 1807, Inglaterra había aprendido que era mejor dominar estas colonias de América del Sur a través de la penetración económica y no por la acción de las armas. Así, la Revolución de Mayo se produce bajo la instigación y protección de la bandera Inglesa.

Sin embargo, en esta época, surgieron espontáneamente grandes caudillos militares que sólo supieron servir UNA bandera que simbolizaba una magna causa: la Azul y Blanca de la Patria Grande. Hombres como San Martín, Artigas, Güemes, Brown, Bouchard y otros héroes cuyo Honor fué el de servir a la emancipación de TODA la gran nación del Plata, según las fronteras del viejo Virreynato.

Pero el colonialismo económico de Inglaterra acruaba subrepticamente aprovechándose de hombrecillos locales que servían simultáneamente a dos banderas: de la boca para afuera no les quedaba otro remedio que aceptar la bandera Patria, pero en sus corazones sólo ondeaba la Union Jack del Imperio Británico. Estos eran los hombres de la patria chica que procuraron instrumentar por todos los medios la **disgregación** del Virreynato del Río de la Plata, pues Inglaterra, que se proponía engullir la riqueza de estas vastas tierras, tenía necesidad de cortar esa Gran Nación en trozos más pequeños y gobernables.

Así surgen los Rivadavia que hipotecaron el país a la banca inglesa Baring Brothers y negaron a San Martín el envío del Ejército Auxiliar que debía ayudarlo en la Campaña del Perú (y que los bravos Infernales del General Güemes supieron suplir). Así surgen los introductores de sistemas e ideas políticas ajenas a nuestro sentir, como Mariano Moreno y los oportunistas como Paz o Del Carril. Mientras que los Hombres de la Patria Grande luchan al servicio de UNA bandera, los hombrecillos de la patria chica conspiran al servicio de **dos** banderas antagónicas.

San Martín, Libertador de América, no se limita a las fronteras de la Patria Chica sino que busca liberar a **toda** la Patria Grande. Por eso no hace distinciones entre la Argentina, Chile o Perú. Hubiera seguido aún más lejos si los mercachifles enquistados en la Buenos Aires "cultura" le hubieran dado el merecido apoyo. No se lo dieron y por eso debió ceder ante Bolívar en Guayaquil, quien pudo así poner bajo su influencia a Perú y Bolivia.

Como tan sólo un ejemplo de la fuerza que animaba a estos Hombres de la Patria Grande, lo tenemos al bravo marino Hipólito Bouchard. Zarpando del puerto de Buenos Aires un 9 de julio del año 1817, pone proa rumbo al Océano Indico. Llega a las Islas Filipinas españolas donde hunde 16 barcos españoles, aborda otros 15 y captura a 400 prisioneros. Luego sigue viaje hasta las Islas Hawaianas donde su rey, Kameha-Meha hace de su país el primero en reconocer oficialmente la independencia Argentina. Después llega a la costa occidental de Norteamérica donde sitia y ocupa los fuertes de Santa Bárbara, San Juan y Acapulco junto con otros puntos de la alta y baja California. Tal era el arrojo de estos corsarios argentinos, y tanto impresionó a los pueblos centroamericanos a los que ayudaron a independizarse, que El Salvador, Nicaragua y Honduras adoptaron la bandera argentina azul y blanca. También lo hizo Guatemala aunque disponiendo las franjas verticalmente.

Buenos Aires se había convertido en un foco permanente de intrigas y penetración económica e ideológica inglesa. En 1826, Lavalleja y sus legendarios treinta y tres Orientales apoyados —entre otros— por Juan Manuel de Rosas, recuperan

la Banda Oriental y la declaran parte integrante de la Argentina. Entonces, Brasil nos declara la guerra en la que nuestras armas salen totalmente victoriosas. Por mar, en la batalla de Juncal bajo el Almirante Guillermo Brown y por tierra en Ituzaingó aquel histórico 20 de febrero de 1828. Nuevamente, interviene Inglaterra a través de los hombrecillos Rivadavia y sus secuaces. Una vez más, lo que ganamos en el campo de batalla lo perdimos en la mesa negociadora. Se crea el "estado tapón" del Uruguay; se nos quita así el control sobre la totalidad de la cuenca fluvial más importante del continente: el Plata.

La Confederación Argentina

En medio del caos y de la sangre surge un gran Caudillo que viene a poner orden y restaurar las leyes comunitarias según la idiosincrasia de nuestra gente que mientras tanto se fué organizando en provincias lideradas por caudillos. Así surgen, por ejemplo, Estanislao López en Santa Fé, Pancho Ramírez en Entre Ríos y Facundo Quiroga en La Rioja.

Rosas se propone consolidar las fronteras de la Patria Grande y lanza, junto con Quiroga, la gran Campaña del Desierto, llegando hasta el río Negro en la Patagonia. Firma alianzas con las tribus indias amistosas y funda ciudades como Bahía Blanca, Junín y 25 de Mayo. Procura reintegrar a la Banda Oriental. Se rehusa a reconocer la secesión del Paraguay instigada por Brasil, como así tampoco la Boliviana y Peruana y mantiene limitada la expansión chilena. Defiende la independencia nacional y honra a su bandera, no doblegándose ante las flotas combinadas de las dos potencias más poderosas del planeta que pretendieron exigirle la libre navegación de los ríos internos de la Patria.

Rosas recibe, al asumir la primera magistratura por segunda vez en 1835 un país sumido en la Guerra Civil. Su discurso al Pueblo, en aquellas memorables jornadas de marzo de 1835, nos ilustra respecto de la gravedad de la situación y de las convicciones del Ilustre Restaurador de las Leyes:

"Habitantes todos de la ciudad y campaña:

La Divina Providencia nos ha puesto en esta terrible situación para probar nuestra virtud y constancia. Resolvamos, pues, combatir con denuedo a esos malvados que han puesto la confusión en nuestra tierra. Persigamos de muerte al impío, al sacrilego, al ladrón y al homicida. Y sobre todo al pérfido traidor que tenga la osadía de burlarse de nuestra buena fé. ¡Qué de esta raza de monstruos no quede uno entre nosotros! ¡Qué su persecución sea tan tenaz y vigorosa que sirva de terror y espanto a los que puedan venir en adelante! La Causa que vamos a defender es la de al religión, la justicia, la soberanía y el orden público. Es la Causa recomendada por el Todopoderoso."

Este ilustre Caudillo es el Restaurador de las Leyes; el defensor de la vida cultural, religiosa y económica de la nación ante la agresión inglesa. Como hemos visto, se plantó ante la prepotencia inglesa y logró que ésta cediera y desagraviara al pabellón nacional con 21 salvas de cañón tras la heroica batalla de la Vuelta de Obligado. Rosas y sus Federales comprendieron que la única forma de forjar una gran nación era ejercitando la Valentía y el Honor y no claudicando ante nada ni ante nadie. Este espíritu lo podemos saborear claramente en la arenga que el General Lucio Mansilla dió a su tropa en la mañana de aquel histórico 20 de noviembre de 1845 al ver avanzar las escuadras inglesa y francesa por el Río Paraná:

"Allá los tenéis!

Considerad el insulto que hacen a la soberanía de nuestra Patria al navegar sin más título que la fuerza las aguas de un río que corre por el territorio de nuestro país. ¡Pero no lo conseguirán! Tremola en el Paraná el pabellón Azul y Blanco y debemos todos morir antes de verlo bajar de donde flamea."

Y luego Mansilla da la orden de fuego gritando el tradicional "¡Viva la Patria!"

Afianzada la Confederación Argentina en el camino que la llevaría a consolidar la Patria Grande, Rosas decide en 1851 recuperar las provincias de Río Grande del Sur, Paraná y Santa Catalina usurpadas por el Imperio del Brasil. El oro inglés fluye torrencialmente para conjurar el grave peligro que esta nueva campaña Federal significaría para el Brasil. Rosas bien sabe que el gauchaje de esas tres provincias platenses —que geográfica, étnica y políticamente estaban en mayor comunión con el poder del Plata que con la Corte de Río de Janeiro— no opondría mayor resistencia y la campaña sería favorable a Buenos Aires con lo cual se consolidaría definitivamente la Patria Grande.

Pero entonces surgió otro hombrecillo servidor de dos banderas, en la persona del traidor Justo José de Urquiza que traicionó a su Comandante y a su Pueblo en tiempos de guerra (la Confederación Argentina estaba en guerra con el Brasil), pasándose al bando enemigo y marchando codo a codo con el enemigo brasileño sobre Buenos Aires. Todos sabemos como estos traidores y enemigos vencieron en la Batalla de Caseros en Febrero de 1852 y cómo los brasileros exigieron hacer su desfile victorioso por las calles de Buenos Aires y con sus banderas en alto el 20 de febrero, a modo de revancha simbólica por el aniversario de la Batalla de Ituzaingó.

La Derrota

Con esta inaudita y catastrófica traición quedó trunca toda posibilidad de estructurar la Patria Grande. Esa enorme unidad geopolítica domina ambos márgenes del Plata y todo su sistema de ríos; domina, además, todo el Atlántico Sur y también el Pacífico. Comprendía a la Argentina, Uruguay, Bolivia, Perú, la mitad de Chile, Río Grande del Sur, Santa Catalina y Paraná. Inglaterra finalmente se salió con la suya definitivamente, dibujando las fronteras del Cono Sur a su antojo; creando la Argentina actual de la patria chica, con su forma de "beefsteak" que tanto parece haber agradado a S.M. Británica.

Surge una multitud de hombrecillos servidores de dos banderas que, junto con Urquiza, Sarmiento, Mitre, del Carril y otros miopes, dan a la Argentina una Constitución copiada de la norteamericana y "constituyen" la nación, en un momento en que el "Estado de Buenos Aires" se había separado de la Confederación Argentina, y renuncian definitivamente a reestructurar la Patria Grande. Rosas nunca había querido llamar a una Asamblea Constituyente pues consideraba que aún faltaba Constituir lo más importante y fundamental: la Patria Grande.

Luego, sigue todo un ejército de servidores de dos banderas. Hombrecillos como Bartolomé Mitre que se complació en dividir el país y, peor aún, combatió junto con el tradicional enemigo brasileño contra el pueblo hermano del Paraguay al que cobardemente aniquiló, todo en nombre del "librecomercio" inglés. Así infringió una gravísima afrenta al Honor Argentino. Hombrecillos "civilizados" como Sarmiento que se sentía más chileno que Argentino o como el intrigante Julio A. Roca. De la estirpe de éste último nacería un nieto que en la década infame de los años treinta entregaría la Argentina lisa y llanamente al vasallaje inglés suscribiendo el inhumano tratado Roca-Runcimann, convirtiéndonos así en la práctica, en la "perla más preciosa en la corona de S. M."; a ese tratado también prestó su "asesoramiento" el "criollazo" de Raúl Prebisch.

Tras la caída de Rosas, el Pueblo Argentino, el gauchaje, va desapareciendo y es esclavizado por el capitalismo explotador inglés. El gaucho se va transformando en peón desposeído, concentrado en grandes ciudades dónde es fácil presa del marxismo que se aprovecha de sus miserables condiciones de vida.

El trabajador Argentino va despertando lentamente y en 1945 protagoniza una verdadera Revolución que procura restaurar las viejas pautas de independencia y poderío de la Patria Grande. El Peronismo sintetiza y reactualiza esas tendencias hacia la Patria Grande, adecuándolas a las pautas y realidades del mundo de su época. Se levantan las tradicionales banderas de Soberanía Política, Independencia econó-